



Palabra de Dios

“Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo.

Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor.

Movido por el Espíritu, vino al Templo; y cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel.»”

Lc 2, 25-32

Índice

Adorar en Navidad	1
Carta Apostólica “Mane nobiscum domine” (1)	2
¡Recordemos qué es la Renovación Carismática Católica!	6
Este mes:	
La Adoración	10
El rincón de vuestros Testimonios	13
Noticias	13
A tu servicio	14

Adorar en Navidad

Hay “muchas navidades”; demasiadas “navidades”.

Navidad con guirnaldas, confeti, cintas y estrellitas, navidad con “letritas colgadas” en ciertas calles de Madrid, navidad en “El Corte Inglés”, navidad con ambiente solidario (¡*porque es navidad!*!), navidad con viajes de vacaciones “al cálido sur”, navidad del “vuelve pronto por navidad”, navidad dulces de turrón, navidad de rebajas y de regalos “casi obligados”...

Doña Navidad “*siglo veintiuno*” es una enferma de muchos años que agoniza entre papelitos de colores, matasuegras, nacimientos de plástico donde no nace nada y árboles iluminados sin santidad.

Redescubrir, vivir y adorar la ÚNICA Navidad.

Tenemos que abrir nuestro corazón a las bendiciones de un Dios que se filtra entre las rendijas de un mundo cada vez más secularizado y que hace mucho tiempo perdió el contenido que envolvía. La gente recuerda y festeja un envoltorio de fiesta que ha perdido el contenido religioso que lo originaba.

Y eso no es especialmente malo. Como decía el papa Pío XII, “el mayor mal de nuestra época no es el ajetreo de los malos, sino el cansancio de los buenos”. La sociedad sigue su curso y somos los cristianos los que debemos remover nuestra vida mirando el misterio de la Encarnación, como el verdadero eje de nuestra alegría.

Desde la Coordinadora Regional deseamos invitaros a renovar gestos. Gestos antiguos o gestos modernos. Adorar y pedirle al Padre que en nuestras vidas de estos días de fiesta, Cristo Jesús sea el que esté en medio del pueblo creyente, dando alegría y fuerza.

Dar testimonio. Que conozcan que somos creyentes: Escribir felicitaciones y darles el “toque” del Espíritu, ayudar a hijos y nietos, amigos y visitantes de nuestros hogares, a descubrir que **para nosotros la fe es un acontecimiento**.

Adorar el misterio.

Adorar a Cristo presente en la debilidad de niño y en medio de nuestra debilidad de pobres pecadores.

Adorar a Cristo en cada Eucaristía, en cada exposición del Santísimo Sacramento. En este año de la Eucaristía, adorar, adorar, adorar,...

Adorar la bendición de un Dios encarnado: hecho niño, hecho pan y vino, hecho pobre, hecho enfermo, hecho **luz y salvación de las naciones**.

¡Feliz Navidad! ¡Feliz Adoración!

El equipo de servidores de la Zona Centro



Mane Nobiscum Domine

A continuación os incluimos la carta apostólica que SS Juan Pablo II ha enviado recientemente al episcopado, al clero y a los fieles para el año de la Eucaristía (octubre 2004-octubre 2005).

Por su extensión, en este número sólo recogemos la primera parte.

INTRODUCCIÓN

1. «Quédate con nosotros, Señor, porque atardece y el día va de caída» (cf. *Lc* 24,29). Ésta fue la invitación apremiante que, la tarde misma del día de la resurrección, los dos discípulos que se dirigían hacia Emaús hicieron al Caminante que a lo largo del trayecto se había unido a ellos. Abrumados por tristes pensamientos, no se imaginaban que aquel desconocido fuera precisamente su Maestro, ya resucitado. No obstante, habían experimentado cómo «ardía» su corazón (cf. *ibíd.* 32) mientras él les hablaba «explicando» las Escrituras. La luz de la Palabra ablandaba la dureza de su corazón y «se les abrieron los ojos» (cf. *ibíd.* 31). Entre la penumbra del crepúsculo y el ánimo sombrío que les embargaba, aquel Caminante era un rayo de luz que despertaba la esperanza y abría su espíritu al deseo de la plena luz. «Quédate con nosotros», suplicaron, y Él aceptó. Poco después el rostro de Jesús desaparecería, pero el Maestro se había quedado veladamente en el «pan partido», ante el cual se habían abierto sus ojos.

2. El icono de los discípulos de Emaús viene bien para orientar un Año en que la Iglesia estará dedicada especialmente a vivir el misterio de la Santísima Eucaristía. En el camino de nuestras dudas e inquietudes, y a veces de nuestras amargas desilusiones, el divino Caminante sigue haciéndose nuestro compañero para introducirnos, con la interpretación de las Escrituras, en la

comprensión de los misterios de Dios. Cuando el encuentro llega a su plenitud, a la luz de la Palabra se añade la que brota del «Pan de vida», con el cual Cristo cumple a la perfección su promesa de «estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo» (cf. *Mt* 28,20).

3. La «fracción del pan» —como al principio se llamaba a la Eucaristía— ha estado siempre en el centro de la vida de la Iglesia. Por ella, Cristo hace presente a lo largo de los siglos el misterio de su muerte y resurrección. En ella se le recibe a Él en persona, como «pan vivo que ha bajado del cielo» (*Jn* 6,51), y con Él se nos da la prenda de la vida eterna, merced a la cual se pregusta el banquete eterno en la Jerusalén celeste. Varias veces, y recientemente en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, siguiendo la enseñanza de los Padres, de los Concilios Ecuménicos y también de mis Predecesores, he invitado a la Iglesia a reflexionar sobre la Eucaristía. Por tanto, en este documento no pretendo repetir las enseñanzas ya expuestas, a las que me remito para que se profundicen y asimilen. No obstante, he considerado que sería de gran ayuda, precisamente para lograr este objetivo, un Año *entero dedicado a este admirable Sacramento*.

4. Como es sabido, el Año de la Eucaristía abarca desde octubre de 2004 a octubre de 2005. Dos acontecimientos me han brindado una ocasión propicia para esta iniciativa, y marcarán su comienzo y su final: el *Congreso Eucarístico Internacional*, en programa del 10 al 17 de octubre de 2004 en Guadalajara (México), y la *Asamblea Ordinaria*

del Sínodo de los Obispos, que se tendrá en el Vaticano del 2 al 29 de octubre de 2005 sobre el tema «La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia». Otra consideración me ha inducido a dar este paso: durante este año se celebrará la *Jornada Mundial de la Juventud*, que tendrá lugar en Colonia del 16 al 21 de agosto de 2005. La Eucaristía es el centro vital en torno al cual deseo que se reúnan los jóvenes para alimentar su fe y su entusiasmo. Ya desde hace tiempo pensaba en una iniciativa eucarística de este tipo. En efecto, la Eucaristía representa una etapa natural de la trayectoria pastoral que he marcado a la Iglesia, especialmente desde los años de preparación del Jubileo, y que he retomado en los años sucesivos.

5. En esta Carta apostólica me propongo subrayar la continuidad de dicha trayectoria, para que sea más fácil a todos comprender su alcance espiritual. Por lo que se refiere al desarrollo concreto del Año de la Eucaristía, cuento con la solicitud personal de los Pastores de las Iglesias particulares, a los

cuales la devoción a tan gran Misterio inspirará diversas actividades. Además, mis Hermanos Obispos comprenderán fácilmente que esta iniciativa, al poco de concluir el Año del Rosario, se sitúa en un nivel espiritual tan profundo que en modo alguno interfiere en los programas pastorales de cada Iglesia. Más aún, puede iluminarlos con provecho, anclándolos, por así decir, en el Misterio que es la raíz y el secreto de la vida espiritual tanto de los fieles, como de toda iniciativa eclesial.



Por tanto, no pretendo interrumpir el «camino» pastoral que está siguiendo cada Iglesia, sino acentuar en él la dimensión eucarística propia de toda la vida cristiana. Por mi parte, deseo ofrecer con esta Carta *algunas orientaciones de fondo*, confiando en que el Pueblo de Dios, en sus diferentes sectores, acoja mi propuesta con diligente docilidad y fervido amor.

I. EN LA LÍNEA DEL CONCILIO Y DEL JUBILEO

Con la mirada puesta en Cristo

6. Hace diez años, con la *Tertio millennio adveniente* (10 de noviembre de 1994), tuve el gozo de indicar a la Iglesia el camino de preparación para el *Gran Jubileo del Año 2000*. Consideré que esta ocasión histórica se perfilaba en el horizonte como una gracia singular. Ciertamente no me hacía ilusiones de que un simple dato cronológico, aunque fuera sugestivo, comportara de por sí grandes cambios. Desafortunadamente, después del principio del Milenio los hechos se han encargado de poner de relieve una especie de cruda continuidad respecto a los acontecimientos anteriores y, a menudo, los peores. Se ha ido perfilando así un panorama que, junto con perspectivas alentadoras, deja entrever oscuras sombras de violencia y sangre que nos siguen entristeciendo. Pero, invitando a la Iglesia a celebrar el Jubileo de los dos mil años de la Encarnación, estaba muy convencido —y lo estoy todavía, ¡más que nunca!— de trabajar «a largo plazo» para la humanidad.

En efecto, Cristo no sólo es el centro de la historia de la Iglesia, sino también de la historia de la humanidad. Todo se recapitula en Él (cf. *Ef* 1,10; *Col* 1,15-20). Hemos de recordar el vigor con el cual

el Concilio Ecuménico Vaticano II, citando al Papa Pablo VI, afirmó que Cristo «es el fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización, centro del género humano, gozo de todos los corazones y plenitud de sus aspiraciones».[1] La enseñanza del Concilio profundizó en el conocimiento de la naturaleza de la Iglesia, abriendo el ánimo de los creyentes a una mejor comprensión, tanto de los misterios de la fe como de las realidades terrenas a la luz de Cristo. En Él, Verbo hecho carne, se revela no sólo el misterio de Dios, sino también el misterio del hombre mismo.[2] En Él, el hombre encuentra redención y plenitud.

7. Al inicio de mi Pontificado, en la Encíclica *Redemptor hominis*, expuse ampliamente esta temática que he retomado en otras ocasiones. El Jubileo fue el momento propicio para llamar la atención de los creyentes sobre esta verdad fundamental. La preparación de aquel gran acontecimiento fue totalmente trinitaria y cristocéntrica. En dicho planteamiento no se podía olvidar la Eucaristía. Al disponernos hoy a celebrar un Año de la Eucaristía, me es grato recordar que ya en la *Tertio millennio adveniente* escribí: «El Dos mil será un año intensamente eucarístico: en el *sacramento de la*

Eucaristía el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina».[3] El Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Roma concretó este aspecto del Gran Jubileo. Vale la pena recordar también que, en plena preparación del Jubileo, en la Carta apostólica

Dies Domini propuse a la consideración de los creyentes el tema del «Domingo» como día del Señor resucitado y día especial de la Iglesia.

Invité entonces a todos a redescubrir el corazón del domingo en la Celebración eucarística.[4]

Contemplar con María el rostro de Cristo

8. La herencia del Gran Jubileo se recogió en cierto modo en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*. En este documento de carácter programático sugerí una perspectiva de compromiso pastoral basado en la contemplación del rostro de Cristo, en el marco de una pedagogía eclesial capaz de aspirar a un «alto grado» de santidad, al que se llega especialmente mediante el arte de la oración.[5] Tampoco podía faltar en esta perspectiva el compromiso litúrgico y, de modo particular, *la atención a la vida eucarística*. Escribí entonces: «En el siglo XX, especialmente a partir del Concilio, la comunidad cristiana ha ganado mucho en el modo de celebrar los Sacramentos y sobre todo la Eucaristía. Es preciso insistir en este sentido, dando un realce particular a la *Eucaristía dominical* y al *domingo* mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana».[6] En el contexto de la educación a la oración, invité también a cultivar la Liturgia de las Horas, con la que la Iglesia santifica el curso del día y la sucesión del tiempo en la articulación propia del año litúrgico.

9. Posteriormente, con la convocatoria del Año del Rosario y la publicación de la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, mediante la reiterada propuesta del Rosario, volví a proponer la contemplación del rostro de Cristo *desde la perspectiva mariana*. Efectivamente, esta oración tradicional, tan recomendada por el Magisterio y tan arraigada en el Pueblo de Dios, tiene un carácter marcadamente bíblico y evangélico, centrado sobre todo en el nombre y el rostro de Jesús, contemplando sus misterios y repitiendo las avemarías. Su ritmo repetitivo es *una especie de pedagogía del amor*, orientada a promover el mismo amor que María tiene por



su Hijo. Por eso, madurando ulteriormente un itinerario multiseccular, he querido que esta forma privilegiada de contemplación completara su estructura de verdadero «compendio del Evangelio», integrando en ella los misterios de la luz.[7] Y, ¿no corresponde a la Santísima Eucaristía estar en el vértice de los misterios de luz?

Del Año del Rosario al Año de la Eucaristía

10. Justo en el corazón del *Año del Rosario* promulgué la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, en la cual ilustré el misterio de la Eucaristía en su relación inseparable y vital con la Iglesia. Exhorté a todos a celebrar el Sacrificio eucarístico con el esmero que se merece, dando a Jesús presente en la Eucaristía, incluso fuera de la Misa, un culto de adoración digno de un Misterio tan grande. Recordé sobre todo la exigencia de una espiritualidad eucarística, presentando el modelo de María como «mujer eucarística».[8]

El Año de la Eucaristía tiene, pues, un trasfondo que se ha ido enriqueciendo de año en año, si bien permaneciendo firmemente centrado en el tema de Cristo y la contemplación de su rostro. En cierto sentido, se propone como un año de síntesis, una especie de culminación de todo el camino recorrido. Podrían decirse muchas cosas para vivir bien este Año. Me limitaré a indicar algunas perspectivas que pueden ayudar a que todos adopten actitudes claras y fecundas.

II

LA EUCARISTÍA, MISTERIO DE LUZ

«Les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (Lc 24,27)

11. El relato de la aparición de Jesús resucitado a los dos discípulos

de Emaús nos ayuda a enfocar un primer aspecto del misterio eucarístico que nunca debe faltar en la devoción del Pueblo de Dios: *¡La Eucaristía misterio de luz!* ¿En qué sentido puede decirse esto y qué implica para la espiritualidad y la vida cristiana?

Jesús se presentó a sí mismo como la «luz del mundo» (Jn 8,12), y esta característica resulta evidente en aquellos momentos de su vida, como la Transfiguración y la Resurrección, en los que resplandece claramente su gloria divina. En la Eucaristía, sin embargo, la gloria de Cristo está velada. El Sacramento eucarístico es un «*mysterium fidei*» por excelencia. Pero, precisamente a través del misterio de su ocultamiento total, Cristo se convierte en misterio de luz, gracias al cual se introduce al creyente en las profundidades de la vida divina. En una feliz intuición, el célebre icono de la Trinidad de Rublén pone la Eucaristía de manera significativa en el centro de la vida trinitaria.



12. La Eucaristía es luz, ante todo, porque en cada Misa la liturgia de la Palabra de Dios precede a la liturgia eucarística, en la unidad de las dos «mesas», la de la Palabra y la del Pan. Esta continuidad aparece en el discurso eucarístico del

Evangelio de Juan, donde el anuncio de Jesús pasa de la presentación fundamental de su misterio a la declaración de la dimensión propiamente eucarística: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (Jn 6,55). Sabemos que esto fue lo que puso en crisis a gran parte de los oyentes, llevando a Pedro a hacerse portavoz de la fe de los otros Apóstoles y de la Iglesia de todos los tiempos: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes

palabras de vida eterna» (Jn 6,68). En la narración de los discípulos de Emaús Cristo mismo interviene para enseñar, «comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas», cómo «toda la Escritura» lleva al misterio de su persona (cf. Lc 24,27). Sus palabras hacen «arder» los corazones de los discípulos, los sacan de

la oscuridad de la tristeza y desesperación y suscitan en ellos el deseo de permanecer con Él: «Quédate con nosotros, Señor» (cf. Lc 24,29).

13. Los Padres del Concilio Vaticano II, en la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, establecieron que la «mesa de la Palabra» abriera más ampliamente los tesoros de la Escritura a los fieles.[9] Por eso permitieron que la Celebración litúrgica, especialmente las lecturas bíblicas, se hiciera en una lengua conocida por todos. Es Cristo mismo quien habla cuando en la Iglesia se lee la Escritura.[10] Al mismo tiempo, recomendaron encarecidamente la homilía como parte de la Liturgia misma, destinada a ilustrar la Palabra de Dios y actualizarla para la vida cristiana.[11] Cuarenta años después del Concilio, el *Año de la Eucaristía* puede ser una buena ocasión para que las comunidades cristianas *hagan una revisión sobre este punto*. En efecto, no basta que los fragmentos bíblicos se proclamen en una lengua conocida si la proclamación no se hace con el cuidado, preparación previa, escucha devota y silencio meditativo, tan necesarios para que la Palabra de Dios toque la vida y la ilumine.

«Lo reconocieron al partir el pan» (Lc 24,35)

14. Es significativo que los dos discípulos de Emaús, oportunamente preparados por las palabras del Señor, lo reconocieran mientras estaban a la mesa en el gesto sencillo de la «fracción del pan». Una vez que las mentes están iluminadas y los corazones enfervorizados, los

«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68)

signos «hablan». La Eucaristía se desarrolla por entero en el contexto dinámico de signos que llevan consigo un mensaje denso y luminoso. A través de los signos, el misterio se abre de alguna manera a los ojos del creyente.

Como he subrayado en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, es importante que no se olvide ningún aspecto de este Sacramento. En efecto, el hombre está siempre tentado a reducir a su propia medida la Eucaristía, mientras que en realidad es él quien debe abrirse a las dimensiones del Misterio. «La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones».[12]

15. No hay duda de que el aspecto más evidente de la Eucaristía es el de *banquete*. La Eucaristía nació la noche del Jueves Santo en el contexto de la cena pascual. Por tanto, conlleva en su estructura *el sentido del convite*: «Tomad, comed... Tomó luego una copa y... se la dio diciendo: Bebed de ella todos...» (Mt 26,26.27). Este aspecto expresa muy bien la relación de comunión que Dios quiere establecer con nosotros y que nosotros mismos debemos desarrollar recíprocamente.

Sin embargo, no se puede olvidar que el banquete eucarístico tiene también un sentido profunda y primordialmente *sacrificial*.[13] En él Cristo nos presenta *el sacrificio ofrecido una vez por todas en el Gólgota*. Aun estando presente en su condición de resucitado, Él muestra las señales de su pasión, de la cual cada Santa Misa es su «memorial», como nos recuerda la Liturgia con la aclamación después de la consagración: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección...». Al mismo tiempo, mientras

actualiza el pasado, la Eucaristía *nos proyecta hacia el futuro de la última venida de Cristo*, al final de la historia. Este aspecto «escatológico» da al Sacramento eucarístico un dinamismo que abre al camino cristiano el paso a la esperanza.

«Yo estoy con vosotros todos los días» (Mt 28,20)

16. Todos estos aspectos de la Eucaristía confluyen en lo que más pone a prueba nuestra fe: *el misterio de la presencia «real»*. Junto con toda la tradición de la Iglesia, nosotros creemos que bajo las especies eucarísticas está realmente presente Jesús. Una presencia —como explicó muy claramente el Papa Pablo VI— que se llama «real» no por exclusión, como si las otras formas de presencia no fueran reales, sino por antonomasia, porque por medio de ella Cristo se hace sustancialmente presente en la realidad de su cuerpo y de su sangre.[14] Por esto la fe nos pide que, ante la Eucaristía, seamos conscientes de que

estamos ante Cristo mismo. Precisamente su presencia da a los diversos aspectos — *banquete*, memorial de la Pascua, anti-

cipación escatológica— un alcance que va mucho más allá del puro simbolismo. La Eucaristía es misterio de presencia, a través del que se realiza de modo supremo la promesa de Jesús de estar con nosotros hasta el final del mundo.

Celebrar, adorar, contemplar

17. ¡Gran misterio la Eucaristía! Misterio que ante todo debe ser *celebrado bien*. Es necesario que la Santa Misa sea el centro de la vida cristiana y que en cada comunidad se haga lo posible por celebrarla

decorosamente, según las normas establecidas, con la participación del pueblo, la colaboración de los diversos ministros en el ejercicio de las funciones previstas para ellos, y cuidando también el aspecto sacro que debe caracterizar la *música litúrgica*. Un objetivo concreto de este *Año de la Eucaristía* podría ser estudiar a fondo en cada comunidad parroquial la *Ordenación General del Misal Romano*. El modo más adecuado para profundizar en el misterio de la salvación realizada a través de los «signos» es seguir con fidelidad el proceso del año litúrgico. Los Pastores deben dedicarse a la *catequesis «mistagógica»*, tan valorada por los Padres de la Iglesia, la cual ayuda a descubrir el sentido de los gestos y palabras de la Liturgia, orientando a los fieles a pasar de los signos al misterio y a centrar en él toda su vida.

18. Hace falta, en concreto, fomentar, tanto en la celebración de la Misa como en el culto eucarístico fuera de ella, *la conciencia viva de la presencia real de Cristo*, tratando de testimoniarla con el tono de la voz, con los gestos, los movimientos y todo el modo de comportarse. A este respecto, las normas recuerdan —y yo mismo lo he recordado recientemente[15]— el relieve que se debe dar a los momentos de silencio, tanto en la celebración como en la adoración eucarística. En una palabra, es necesario que la manera de tratar la Eucaristía por parte de los ministros y de los fieles exprese el máximo respeto.[16] La presencia de Jesús en el tabernáculo ha de ser como *un polo de atracción* para un número cada vez mayor de almas enamoradas de Él, capaces de estar largo tiempo como escuchando su voz y sintiendo los latidos de su corazón. «¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!» (Sal 33 [34],9).

La adoración eucarística fuera de la Misa debe ser durante este año un objetivo especial para las comunidades religiosas y parroquiales. Postrémonos largo rato ante Jesús presente en la Eucaristía, reparan-



do con nuestra fe y nuestro amor los descuidos, los olvidos e incluso los ultrajes que nuestro Salvador padece en tantas partes del mundo. Profundicemos nuestra contemplación personal y comunitaria en la adoración, con la ayuda de reflexiones y plegarias centradas siempre en la Palabra de Dios y en la experiencia de tantos místicos antiguos y recientes. El Rosario mismo, considerado en su sentido profundo, bíblico y cristocéntrico, que he recomendado en la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, puede ser una ayuda adecuada para la contemplación eucarística, hecha según la escuela de María y en su compañía.[17]

Que este año se viva con particular fervor la solemnidad del *Corpus Christi* con la tradicional procesión. Que la fe en Dios que, encarnándose, se hizo nuestro compañero de viaje, se proclame por doquier y

particularmente por nuestras calles y en nuestras casas, como expresión de nuestro amor agradecido y fuente de inagotable bendición.

Notas

- [1] Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 45.
 [2] Cf. *ibíd.*, 22.
 [3] N. 55: AAS 87 (1995), 38.
 [4] Cf. n.32-34: AAS 90 (1998), 732-734.
 [5] Cf. n.30-32: AAS 93 (2001), 287-289.
 [6] *Ibíd.*, 35: *l.c.*, 290-291.
 [7] Cf. Carta ap. *Rosarium Virginis Mariae* (16 octubre 2002), 19.21: AAS 95 (2003), 18-20.
 [8] Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 53: AAS 95 (2003), 469.
 [9] Cf. n.51.
 [10] Cf. *ibíd.*, 7.
 [11] Cf. *ibíd.*, 52.
 [12] Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 10: AAS 95 (2003), 439.
 [13] Cf. *ibíd.*; Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los

- Sacramentos, Instr. *Redemptionis Sacramentum*, sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la santísima Eucaristía (25 marzo 2004), 38: *L'Osservatore Romano* ed. en lengua española, 30 abril 2004, 7.
 [14] Cf. Enc. *Mysterium fidei* (3 septiembre 1965), 39: AAS 57 (1965), 764; S. Congregación de Ritos, Instr. *Eucharisticum mysterium*, sobre el culto del misterio eucarístico (25 mayo 1967), 9: AAS 59 (1967), 547.
 [15] Cf. Mensaje *Spiritus et Sponsa*, en el XL aniversario de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia (4 diciembre 2003), 13: AAS 96 (2004), 425.
 [16] Cf. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Instr. *Redemptionis Sacramentum*, sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la santísima Eucaristía (25 marzo 2004): *L'Osservatore Romano* ed. en lengua española, 30 abril 2004, 5-15.
 [17] Cf. *ibíd.* 137: *l.c.*, p.11.



¡Recordemos qué es la Renovación Carismática Católica!

Una palabra para la Renovación Carismática. Raniero Cantalamessa dedica unos párrafos de su enseñanza «Entonces reconocereis que Yo soy Dios» contenida en su libro «La sobria embriaguez del Espíritu» a nuestra realidad.

Decía al comienzo que el «Yo soy» de Jesús tiene algo que decir ahora mismo a la Renovación Carismática, y ha llegado el momento de saber de qué se trata. No es difícil; basta con descubrir cuál es, en este momento, para la Renovación, la tentación de «comer del árbol de la ciencia del bien y del mal». Es un

signo de salud y vitalidad dejarnos poner en crisis y juzgar por la palabra de Dios. Debemos tener la valentía de dejarnos corregir por el Señor: «El Señor, al castigarnos - escribe Pablo-, nos corrige para que no seamos condenados junto con el mundo» (1 Cor 11, 32). De este juicio no hay algunos que salen vencedores y otros vencidos; sólo la palabra de Dios tiene que salir victoriosa; todos nosotros somos juzgados y corregidos. Yo el primero. ¡Humillémonos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él sea exaltado y nos exalte en el momento oportuno!

La tentación de comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, para

la Renovación, es la de querer ser algo por sí misma, la de contemplarse, la de contar, la de ir apartando, poco a poco, la mirada del sol y fijarse en la sombra. Cuando la Renovación se contempla a sí misma - discute sobre sí misma, se defiende a sí misma- mira la sombra y no el Sol que es Cristo el Señor. En este mismo instante, podemos ser una asamblea que mira el Sol, o una asamblea que mira la sombra.

San Pablo ha escrito: «Dios ha escogido lo vil, lo despreciable, lo que no es nada a los ojos del mundo para anular a quienes creen que son algo» (1 Cor 1, 28): se trata de elegir y de saber si la Renovación quiere ser esa cosa que desde el punto

de vista humano «no es nada», que tiene que servir a Dios para «reducir a nada las cosas que son algo», o sí, en cambio, pretende llegar a ser ella también una de esas cosas que «son algo» -que cuentan, que hacen oír su voz, que constituyen una fuerza numérica y organizativa sociológicamente relevante- pero que serán inexorablemente anuladas por Dios.

Lamentablemente, hemos de decir que hay algo inevitable en todo esto. La obra de Dios -toda obra de Dios- una vez que ha calado en la historia y está en manos de los hombres, tiende a convertirse cada vez más en obra humana; la profecía tiende a convertirse en institución. Ocurrió así en la iglesia de los Gálatas. Pero eso no le impidió al Apóstol -y no nos impide a nosotros- gritar llenos de tristeza: ¿Tan pronto? ¿Ya os habéis cansado de caminar sobre las aguas de la fe pura, que estáis ya todos atrapados otra vez en las obras? ¡Vuestras obras! «¡Gálatas insensatos! ¿Quién os ha fascinado? ... ¿Tan insensatos sois que, después de haber comenzado confiando en el Espíritu, acabáis ahora en la carne? ¿Habrán sido baldíos tantos dones?» (Gal 3, 1ss).

Francamente, no sé lo que significa, en concreto, «acabar en la carne» (tenemos que descubrirlo juntos); pero sé que este peligro existe, que se cierne sobre toda la Renovación y no sólo en Italia; por eso, como centinela, doy la voz de alarma para que ese día fatídico sea al menos retrasado, y Dios se quede entre nosotros el mayor tiempo posible, el único Señor, el único Soberano, para que sea exaltado el Señor, «¡Él solo!».

A veces me he preguntado qué es lo que tanto le gusta a Jesús, en algunos de nuestros grupos de oración y en ciertos gérmenes comunidad que van surgiendo en la Renovación, que le hace manifestar en ellos tanta fuerza y tantos prodigios. Y me ha parecido, que el secreto que los hace tan queridos para Dios es su absoluta pobreza; el hecho de que no tengan ni pasado ni futuro. Son casi «nada», como ciertas formas de

vida que aparecen por la mañana, y por la noche desaparecen, reabsorbidas en el gran seno de la vida, como una nubecilla que se deshace serenamente en el cielo, después de descargar sobre la tierra toda su agua.

Las órdenes religiosas tradicionales tienen un pasado, a menudo glorioso; las recientes (instituciones seculares, movimientos eclesiales) tienen un futuro, y a veces saben que lo tienen. Dios busca entre tantas cosas grandes y sólidas (que, a pesar de todo, le gustan y le son útiles), una cosa muy pequeña, algo que pueda tomar tal y como es, sin tener que preocuparse ni de su pasado, ni de su futuro. Busca una cosa que le sirva por un instante, algo gratuito, que no pretenda ser nada ni pida nada, a cambio de hacer feliz a Dios y hacer que resplandezca en el mundo su poder y su imaginación.

¿La Renovación Carismática quiere ser esta cosa pequeñita, pero querida por Dios? ¿Este instrumento «de nada» en su mano todo poderosa? Entonces, no nos preocupemos por «montar la casa», por asegurar a la Renovación un futuro entre las realidades eclesiales de hoy; no nos preocupemos tanto de las cifras.

Nos basta el futuro de la Iglesia, que ya está asegurado y es suficiente para todos. Nos basta la Iglesia, como *institución*; nosotros intentemos -si somos capaces, aunque sea en pequeña medida- seguir siendo *profecía* para la Iglesia. Sigamos tomando directamente de la Iglesia -y en especial de la iglesia local- todo lo que nos hace falta para vivir la vida del Espíritu, sin diafragmas ni estructuras intermedias propiamente dichas: los sacramentos, la autoridad, los ministerios, la doctrina; y sigamos echando todo lo que somos -aunque seamos una pequeña cosa- directamente en el gran

seno de la Vida que es la Iglesia. En silencio, o también abiertamente, si es posible y si se nos pide. Tratemos de ser esa nubecilla dispuesta a desaparecer, después de haber echado sobre la Iglesia toda su agua.

Estoy viendo lo que ocurre en las instituciones y órdenes religiosas que tienen que sacar adelante un pasado; muchas de sus energías (a veces casi todas) tienen que ser empleadas en su mantenimiento y sustitución (casas y obras que hay que gestionar, nuevas vocaciones que hay que formar...), sin que les quede mucho para echar en seguida al tesoro común de la Iglesia. A nosotros no se nos pide «capitalizar», debemos gastarlo todo y en seguida para la Iglesia.

En cuanto entré en contacto con la Renovación, un día, mientras oraba me vinieron a la mente algunos pensamientos; me parecía intuir lo que el Señor estaba haciendo de nuevo en la Iglesia con la Renovación; cogí un papel y una pluma y escribí algunas ideas, de las que yo mismo quedé sorprendido, por lo poco meditadas que estaban. Decían: «El Padre quiere glorificar a su Hijo Jesucristo en la tierra de un modo nuevo, mediante un nuevo invento. El Espíritu Santo preside esta glorificación, ya que está escrito: “Él me glorificará y tomará de lo mío”. Una vida cristiana enteramente consagrada a Dios, sin fundador, sin regla, sin congregación. Fundador: ¡Jesús! Regla: ¡el Evangelio interpretado por el Espíritu Santo!

Congregación: ¡la Iglesia! No preocuparse por el mañana, no querer hacer cosas que perduren, no pretender levantar organismos reconocidos que se perpetúen con sucesores... Jesús es un Fundador que no muere nunca, por eso no necesita sucesores. Hay que dejar-

le hacer siempre cosas nuevas, también mañana. ¡El Espíritu Santo estará en la iglesia mañana también!».

Para no «acabar en la carne»

«A veces me he preguntado qué es lo que tanto le gusta a Jesús, en algunos de nuestros grupos de oración ..., que le hace manifestar en ellos tanta fuerza y tantos prodigios. Y me ha parecido, que el secreto que los hace tan queridos para Dios es su absoluta pobreza»

He dicho antes que no sé lo que significa exactamente para nosotros lo de «acabar en la carne»; sin embargo, podemos señalar algunos peligros que tenemos que evitar y que podrían, en efecto, volver a hacernos caer en las cosas antiguas. El peligro general es el de pretender «domesticar» la Renovación y el mismo Espíritu. La Renovación nos ha hecho experimentar a todos, quien más y quien menos, la santidad de Dios como «fuego devorador». Es más, de una experiencia de este tipo se puede decir que nació la R e n o v a c i ó n Carismática en la Iglesia Católica. Uno de los que participaron en el famoso fin de semana de Duquesne, describió así, más tarde, la experiencia que esa noche tuvo el grupo reunido en la capilla: «El temor del Señor empezó a apoderarse de nosotros; una especie de sagrado terror nos impedía levantar los ojos. Él estaba allí, en persona, y nosotros teníamos miedo de no poder resistir a tanto amor. Le adoramos, y por primera vez descubrimos lo que significa adorar. Hicimos una experiencia abrasadora de la terrible realidad y presencia del Señor. A partir de entonces, comprendimos con una claridad nueva las imágenes de Yahvé que, en el monte Sinaí, trueno y estalla con el fuego de su mismo Ser, y la experiencia de Isaías y la frase que dice: 'nuestro Dios es un fuego devorador'. Este sagrado temor era, de algún modo, idéntico al amor, o al menos así nos parecía. Era algo sumamente amable y hermoso, a pesar de que ninguno de nosotros vio ninguna imagen sensible. Era como si la realidad personal de Dios, espléndida y deslumbrante, hubiera entrado en la habitación, llenándola y llenándonos a nosotros también» (cfr. *The Spirit and the Church*, de R. Martin, Nueva York 1976, p. 16).

Pero el ser humano no aguanta mucho tiempo este clima y esta presen-

cia que todo lo juzga y todo lo destapa. Entonces tiende a exclamar, con las palabras de Isaías: «¿Quién de nosotros podrá soportar un fuego devorador? ¿Quién de nosotros podrá soportar una hoguera perpetua?» (Is 33, 14). Al no poder soportar este fuego devorador, ¿qué hace el hombre pecador? Lo domestica, es decir, lo esquiva, lo mantie-

ne a distancia. Se inclina sobre cosas que están más a su medida. Pone la llama «bajo el celemín», y el celemín es la multitud de palabras y de iniciativas humanas. Poco a poco, el hombre se impone con su vano afanarse. Empieza entonces la fase de la ideología: en lugar de las cosas, tra-

tamos con las *ideas* de las cosas. Es sintomático que antes, en los comienzos, cuando dos o tres personas de la Renovación se hallaban juntas, se ponían a orar; ¡ahora, cuando dos o tres personas de la Renovación se reúnen, la mayoría de las veces se ponen a hablar de la importancia de la oración! Parece una diferencia pequeña, pero es enorme; en esta diferencia consiste precisamente la Renovación.

En esta fase se pone de manifiesto un cierto *ritualismo*: se hacen las mismas cosas de antes, pero sin la fuerza de antes, porque dentro nos falta el Espíritu y la vida. A ambos lados del océano, se advierte la misma sensación de un cierto cansancio y «agotamiento». A veces, se me ocurre pensar que María estará mirando nuestras reuniones de oración y, dirigiéndose a su Hijo, repetirá, con cierta tristeza, la misma invocación que hizo en Caná de Galilea: «¡No les queda vino!».

Estamos aquí, por tanto, con un objetivo muy concreto que nos ha señalado aquella palabra de san Pablo: luchar para no acabar en la carne; luchar para devolver a Dios su poder. Cualquier infiltración de la carne que notemos entre nosotros, no es una derrota, sino una victoria que alcanzamos, ya que sacar a los

enemigos de su escondite significa haberlos vencido ya. Es una operación de liberación que la palabra de Dios está realizando entre nosotros...

Una manera particular de «acabar en la carne» es la *exterioridad*. Cuando hablo de exterioridad, no me refiero en absoluto a levantar las manos y batir palmas, y a los otros gestos que acompañan nuestra oración cuando estamos juntos; me refiero a la excesiva preocupación por nuestra imagen externa, por lo que se dice y se piensa de nosotros; o bien a otra cosa: hacer público (y en seguida) todo el bien que el Señor hace en el corazón de cada uno o en los grupos, incluso cuando se trata de cosas que sería bueno mantener ocultas, ya que son «el secreto del rey». A veces, deberíamos recordar algunas palabras de Jesús, como aquella que dice: «No toques la trompeta delante de ti...», o aquella otra: «Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha». Airear todas las cosas (excepto aquellas de las que se puede y se debe dar testimonio porque son de común edificación) hace que las cosas del Espíritu corran la misma suerte que la semilla que cae sobre el camino: vienen los pájaros y se la llevan; y ya sabemos quiénes son estos pájaros...

Muchas veces lo hacemos con buena intención: queremos que la Iglesia nos conozca, dar testimonio de las maravillas del Señor. Pero es como caminar sobre el filo de la navaja. El aprecio y la aprobación de la Iglesia -el Papa y los obispos- es una cosa buena, un don de Dios; más aún, no podemos prescindir de él si queremos estar en plena comunión dentro de la Iglesia y estar seguros de que vamos por buen camino. Pero *desear* y buscar este aprecio y esta aprobación, puede que ya no sea una cosa tan buena, y que se convierta en ese «buscar el favor de los hombres, y no el de Dios» que el Apóstol reprocha, precisamente, a los Gálatas (cfr. Gal 1, 10). El mismo Apóstol escribía a los Romanos: «¿Quieres no tener miedo a la autoridad? Haz el bien y tendrás su

aprobación» (Rom 13, 3). «Haz el bien»: esto es lo único que tenemos que hacer; que nos alaben o no, eso viene después y no depende de que nosotros lo busquemos, sino de nuestra «bondad», es decir, de nuestra ortodoxia, obediencia, disciplina, humildad. No queramos ver el humo antes que el fuego que lo produce; dentro de la Iglesia, estamos llamados a ocuparnos del «fuego», no del humo; de la gloria de Dios, ¡no de nuestra fama! Recordemos y hagamos nuestras las palabras de Jesús: «yo no vivo preocupado por mi honor. Hay uno que se preocupa de eso, y es él quien puede juzgar» (Jn 8, 50): el Padre.

Otro modo de «acabar en la carne» que nos amenaza es la tentación de querer hacerlo todo, de ser una fuerza eclesial completa que abarque todos los campos, que esté presente en todos los sectores. Hay hermanos que, con mucha buena fe, querrían que la Renovación se ocupara de obras sociales, cultura, voluntariado; de la escuela, los jóvenes, los drogadictos, etc. La experiencia pasada de la Iglesia demuestra que éste suele ser el mejor camino para allanar todas las órdenes religiosas, haciéndoles perder su carisma peculiar y por tanto también su fuerza originaria. Al final -como, en parte, sucede hoy-todos hacen las mismas cosas, y a duras penas se distinguen las órdenes contemplativas de las activas. ¡Ésta también es una tentación de orgullo, de querer hacerlo y serlo todo!

Un día, estando vivo aún san Francisco de Asís, algunos «ministros», es decir, superiores, acompañados por un cardenal, se presentaron ante el Santo, pidiéndole que introdujera en su «Orden de los Frailes Menores» algunas normas tomadas de las reglas de san Benito, de san Agustín y de san Bernardo, a fin de que la vida de los frailes fuera más «ordenada»

y sus estudios más serios. El «Poverello» cogió al cardenal de la mano, lo llevó ante la asamblea de los frailes reunidos en capítulo general y exclamó: «Hermanos, hermanos míos, escuchad: Dios me ha llamado a seguir el camino de la sencillez. ¡Me ha revelado que yo tengo que ser como un nuevo loco en el mundo! Él os confundirá por medio de vuestra misma ciencia... y entonces volveréis llenos de vergüenza a vuestra vocación» (*Fuentes Franciscanas*, n. 1673). San Francisco apreciaba las otras órdenes religiosas, hasta el punto de considerar que, para ciertas cosas importantes, ya estaban ellas en la Iglesia y que no se trataba de establecer una especie de competencia.

Quién sabe si Dios no nos llama también a nosotros, los de la Renovación, a ser unos «nuevos locos» en el mundo, con esa locura especial de la que hablaba Pablo cuando decía a los Corintios: «Nosotros somos unos necios por Cristo, y vosotros sabios en Cristo...» (1 Cor 4, 10).

Preguntémonos, pues: ¿cuál es nuestro «carisma», cuál es la cosa por la cual Dios ha suscitado la Renovación? Creo que nadie duda que nosotros, en la Renovación, «hemos empezado en el Espíritu»; para no «acabar en la carne», hay que volver

a aquello con lo que hemos empezado: volver a las cosas esenciales, a los días no lejanos de nuestra juventud. Nuestra vocación es afirmar el señorío actual, vivo, de Jesús, por medio de su Espíritu, en la Iglesia; es «devolver el poder a Dios», o «reconocer el poderío de Dios» (cfr. Sal

68, 35); proclamar que Dios es Dios, y punto. Para hacer esto, bastan los niños y los pobres, como los que acogieron a Jesús cuando hizo su

entrada en Jerusalén. Pero si nadie grita estas cosas, Jesús se verá obligado a hacer que griten las piedras.

El bautismo en el Espíritu

Hay momentos y gestos en que

este poderío de Dios es proclamado con mayor pureza. ¡La efusión, o bautismo en el Espíritu! ¿Qué hemos hecho con la efusión del Espíritu? En ella está encerrada la gracia que es propia de la Renovación. Allí, Jesús aparece como aquel que «es»; allí, se muestra el Señor que otorga el Espíritu. Allí, el hombre no es nada y Dios lo es todo. Si pudiéramos recoger las experiencias de tantos hermanos, sobre todo entre los primeros, descubriríamos cuántas vidas ha renovado ese gesto, cuántas vocaciones ha suscitado.

Ahora, sin embargo, la «efusión» ha pasado a un segundo plano; hay grupos en los que sólo unos pocos la han recibido, y en los que se cree que ni siquiera es tan importante para vivir la Renovación. Dicen: «Pero si hemos recibido el bautismo, en él ya nos ha sido dado el Espíritu...». También Jesús estaba lleno de Espíritu Santo desde su concepción en el seno de María, sin embargo quiso recibir el bautismo en el Jordán, y sobre él volvió a posarse todo el Espíritu. A cada nueva misión y vocación, le corresponde una nueva efusión del Espíritu, a pesar de que para nosotros sólo la primera es sacramental y las otras no son más que renovaciones de la primera, o sea, de la gracia bautismal.

Estoy convencido de que este descuido es el causante del debilitamiento de la Renovación; por lo demás, en efecto, no difiere mucho de otros movimientos eclesiales de

«¿Quieres no tener miedo a la autoridad? Haz el bien y tendrás su aprobación» (Rom 13, 3). «Haz el bien»: esto es lo único que tenemos que hacer; que nos alaben o no, eso viene después y no depende de que nosotros lo busquemos, sino de nuestra «bondad», es decir, de nuestra ortodoxia, obediencia, disciplina, humildad.



hoy. Me dan ganas de repetir la palabra de Pablo a los Gálatas: «¿Habrá sido baldíos tantos dones?» (Gal 3, 4). Hay que revalorizar este don: hacer buenos seminarios y buenas efusiones. Hay que volver a despertar vidas cristianas adormecidas o apagadas; una vez hecho esto, después, todo será posible a nivel personal, según las disposiciones de cada uno: compromiso social, evangelización, vocaciones religiosas, etc. Entonces todas estas cosas serán manifestaciones del dinamismo del Espíritu, y no formas de activismo humano. En esa misma circunstancia que hemos recordado hace poco, san Francisco, a quienes le invitaban a conseguir del Papa privilegios para poder predicar y confesar en las distintas iglesias (ya

Quién sabe si Dios no nos llama también a nosotros, los de la Renovación, a ser unos «nuevos locos» en el mundo, con esa locura especial de la que hablaba Pablo cuando decía a los Corintios: «Nosotros somos unos necios por Cristo, y vosotros sabios en Cristo...» (1 Cor 4, 10).

que a menudo los prelados les negaban el permiso), contestó: «¡No os preocupéis: a los que se convierten no les cuesta trabajo encontrar confesores!» (FF, 1674). También nosotros deberíamos preocuparnos sobre todo de convertir, de despertar las personas a la fe, seguros de que después encontrarán en la Iglesia todo aquello que les haga falta para alimentar la nueva vida que han encontrado.

Tenemos que marcharnos de Rímini con un deseo muy grande en el corazón: que la Renovación sea, o vuelva a ser, ese lugar en el que el Resucitado pueda proclamar su irrefutable «¡Yo soy!» Que él pueda contemplar ahora nuestra asamblea, envolviéndola con su mirada y sus brazos de



¡Amén!

Pantokrator (como hace el Cristo de la catedral románica de Monreale) y decir con gozo: «¡Aquí, sólo Yo soy, y ningún otro!»). Que vea todos los candiles humeantes de nuestros «yo» apagados, esperándole a él que es «la Estrella radiante de la mañana», el Sol de justicia que ha regresado vivo de los infiernos. Que se realice entre nosotros la palabra que hemos escuchado al comienzo: «Aquel día sólo el Señor será exaltado».

Señor Jesús, Rey de gloria, Esposo radiante de la Iglesia, nosotros somos los que te hemos levantado en la cruz, y ahora sabemos que Tú eres. ¡Sé, Señor Jesús! Sé en mí, en mi grupo, en la Renovación, en la Iglesia. Estamos jubilosos porque el Padre te ha dado el Nombre, y ante tu Nombre doblamos nuestra rodilla en adoración.

Este mes : La Adoración

Del libro del P. Vicente Borragán, O.P. «La oración, encuentro de amor con Dios», editado por San Pablo, 2003

La alabanza nos ha llevado a una dimensión casi infinita en nuestra relación con Dios. Pero, de repente, se encuentra con una barrera insuperable: el vocabulario le resulta insuficiente para expresar tanta grandeza y belleza. Por eso, si hay algo más allá de la alabanza, si puede haber algo más allá de ella, es la adoración. La adoración empieza dónde termina la alabanza. Cuando las palabras desfallecen, entonces la adoración ocupa su lugar, superando así todas sus limitaciones. Aho-

ra el corazón entra en silencio, está como anonadado. A fuerza de alabar se ha quedado sin palabras; a fuerza de poner los ojos en Dios se ha quedado como ciego y como mudo. **El pequeño corazón del hombre se siente sobrecogido ante tanta grandeza y cae abatido ante Dios.** Es como un *encogerse* o como un *arrugarse* ante él. Casi sin darse cuenta, el que alaba se encuentra como mudo y extasiado ante Dios. Es el paso de la alabanza a la contemplación y a la adoración, en la que el hombre proclama silenciosamente la santidad infinita de Dios.

En la adoración entramos de puntillas en tierra sagrada, sobrecogidos ante la majestad de Dios. Entonces, el hombre se postra, calla, adora, sucumbe, se anonada. Ya no

hay nada que hacer ni que decir: sólo irradiar la gloria de la presencia de Dios. Frente a su majestad y su grandeza el silencio resulta más expresivo que la palabra. Es el momento de la mirada, del éxtasis, de la contemplación embelesada. Los que aman saben muy bien que el silencio puede suplir a la palabra y que una mirada o un gesto puede expresar mejor que mil palabras la intensidad del amor. «Semejante al arco iris que aparece en las nubes los días de lluvia», así es la adoración que lo envuelve todo y que lo dice todo de una manera callada.

Hasta ahora hemos tenido voces de oro y de plata, de agua pura y cristalina para alabar al Señor. La creación entera ha formado con nosotros un coro formidable de alabanza.

Pero el tiempo de alabar llegó a su fin. Ahora, los labios dejan paso al corazón. En el alma nace una veneración inmensa y un homenaje rendido ante el que era, es y será por los siglos de los siglos. Cuando el Señor aparece, la tierra entera se postra y el mundo entra en silencio. Él es el Rey, el Rey de la gloria.

¿Qué es la adoración?

Cuando el hombre mira a Dios y se mira a sí mismo, se percata del abismo infinito que le separa de él. ¿Qué podemos hacer? Nos descubrimos como seres pequeños e insignificantes y lo expresamos en un gesto que lo dice todo. En griego se utiliza el término *proskynesis*: me inclino, me arrodillo, caigo prosternado ante los pies de Dios y así le demuestro mi homenaje. La palabra latina *adoratio* (de *os, oris*, que significa boca) alude al gesto del hombre que se inclina y besa con su boca el suelo delante de aquel a quien ofrece reverencia (X. Pikaza). Esos gestos de homenaje eran corrientes en todos los países de Oriente. En el Museo Británico hay una pintura mural, que remonta a la dinastía XVIII de Egipto, en la cual aparecen una serie de personajes ofreciendo algunos presentes al rey. Los más cercanos están prosternados ante él, con la frente encorvada hasta el suelo; los que vienen a continuación están de rodillas, esperando probablemente el momento de prosternarse; hay algunos que están todavía de pie, hasta que les llegue el turno de aproximarse. La práctica de adorar a dioses y reyes es conocida desde la más alta antigüedad. Los griegos y los romanos llevaban la mano derecha a la boca y lanzaban un beso hacia las estatuas de los dioses o de los emperadores o se prosternaban ante aquel que era objeto de adoración.

En el pueblo de Dios eran conocidas también la genuflexión y el ponerse de rodillas como gestos de respeto y de veneración. Pero la adoración propiamente dicha fue reservada sólo a Yavé: «A tu Dios adorarás, a él servirás, por él jurarás». Sólo él es digno de toda adoración

y de toda honra. Las criaturas pueden merecer honor y respeto, pero la adoración sólo se debe a Dios.

La adoración es, pues, un honor especial debido a Dios en razón de su infinita grandeza, es un reconocimiento de su inmensa soberanía y de nuestra dependencia más profunda. «Dios es, dice Tertuliano, el soberano grande, solo en su grandeza, inaccesible en su santidad... Él es el Ser mismo en toda su universalidad, el Ser en su plenitud. Él es el que es y el que encierra en sí todo lo que es. En una palabra él es el Todo, él lo es todo». Por eso, la adoración es un acto reservado sólo al Señor de todas las cosas: me inclino y me arrodillo, me postro y me rindo a sus pies y así le demuestro mi homenaje y reverencia. Llevo mi mano hacia la boca para imponer silencio: se acabaron las palabras, se terminaron los discursos. Silencio de los labios, silencio de la mente, silencio del corazón, sólo silencio. «Adoro tu omnipotencia que todo lo ha hecho, tu inmensidad que lo contiene todo, tu bondad que lo abraza todo, tu ciencia que todo lo conoce, tu providencia que provee de todo. Yo te adoro como principio y te busco como el fin de mi ser... Trinidad

santa, divina y adorable. Que sea yo capaz de adorarte en todos los momentos de mi vida, en todas las circunstancias, con todo lo que soy. Que sea capaz de vivir postrado a tus pies, para contemplar tu grandeza infinita, tu santidad infinita. Yo adoro tu ser supremo, inefable e incomprendible; yo adoro tu esencia y tus personas, tu ser entero, tu infinita grandeza» (Cardenal de Bérulle). «Oh Ser existente y sólo existente por sí mismo.... Ser, fuente y sostenimiento de todo lo que existe. Yo te adoro en tu esencia y en tu grandeza, en tus pensamientos, en tu belleza y en tu amor».

La adoración sólo tiene este fun-

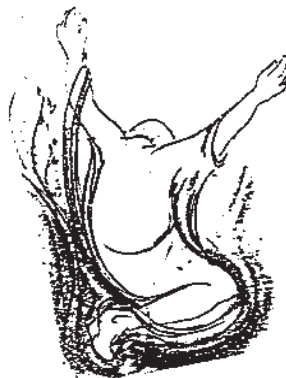
damento: que Dios es Dios y que el hombre es hombre. En ella sólo aparece Dios. Tan grande es su majestad y tan infinita su grandeza, que el hombre se siente anonadado ante él. Todo enmudece, todo calla ante su presencia; todo se abaja, todo sucumbe ante su grandeza; todo se humilla, todo se inclina a su paso, todo contiene la respiración. Es el Señor. No hay nada que decir ni nada que pensar. Ninguna imagen puede expresar al Inexpresable, ninguna palabra puede decir al Indecible. **La adoración es como un éxtasis de amor, producido por la grandeza y la belleza del Dios vivo.** Quien adora tiende paulatinamente a desaparecer «en presencia de tan grandísima majestad, que hace gran espanto al alma», dice santa Teresa. «Adorar a Dios, dice el P. Geffré, es bajar los ojos ante su gloria, es estar atrapados por su inmensidad».

La adoración reservada al Dios único es dada también, desde el principio de la iglesia, a nuestro Señor Jesucristo. El himno de la carta a los Filipenses lo expresa con toda la claridad: «Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, al contra-

rio, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera se sometió incluso a la muerte y una muerte de cruz. Por eso, Dios lo levantó y le dio el Nombre sobre todo nombre, de modo que al Nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en los mares y en los abismos y toda

lengua proclame que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre» (Flp 2,6-11).

Dios le ha dado a su Hijo el *Nombre por encima de todo nombre*, y eso quiere decir que le ha dado poder por encima de todo poder, majestad por encima de toda majestad, rango por encima de todo rango. Y eso obliga a la creación a postrarse ante él y a rendirle adoración. To-



dos los seres del cielo, de la tierra y de los abismos tienen que ponerse de rodillas ante él y toda lengua proclamar que Jesús es el Señor, el único Señor. Él es el Rey de reyes y Señor de señores, el primogénito de toda la creación, por quien todo ha sido hecho y en quien todo subsiste.

Él es el Señor de todas las cosas. Todo le debe adoración y sumisión.

Los adorantes de las catacumbas aparecen con los brazos extendidos y expresando con las manos, según su posición, la súplica y la ofrenda, el arrebato y el anhelo, el éxtasis y el amor, la distancia y la cercanía. Con ese gesto expresaban plenamente lo que es la adoración.

Silencio y adoración

La adoración no debería ser un acto que hacemos ocasionalmente, sino una actitud del alma, sometida por entero a Dios. Lo normal sería que el hombre viviera en una adoración sin fin, postrado y lleno de asombro ante él, extasiado, es decir, como salido de sí mismo, fascinado por la contemplación de algo que le subyuga. Antes veía, admiraba y estallaba en cantos; ahora, veo y callo, me inclino y adoro, me rindo ante él. En la alabanza ponía mis ojos en Dios y su grandeza me hacía estallar; en la adoración, pongo mis ojos en él, pero ya no soy capaz de articular ni una sola palabra. Estoy ante Dios, adorable y amable, y sólo puedo decirle, temblando, estas pobres palabras, antes de caer en un silencio que no me gustaría romper por nada del mundo: «Tú eres el Todo y yo la nada; tú existes por ti mismo, yo sólo por ti; tú eres el creador y yo la criatura; tú eres el poderoso y yo la debilidad más absoluta. Y ahora estoy delante de ti, el que eres desde siempre y para siempre». «Tú eres la plenitud del ser, la abundancia sin límites, la grandeza absoluta. Eres el Señor y te bastas a ti mismo, y no necesitas de nadie ni de

nada. Tuyo es el poder, la gloria y el honor por siempre» (R. Guardini).

Por eso, quien no ha descubierto la adoración no ha descubierto todavía al Dios verdadero; quien no ha caído de rodillas, anonadado ante su grandeza, no sabe todavía quién es Dios. La criatura tiene que reconocer al Creador como la suma majestad ante la cual nosotros somos como tamo de la era.

«Innumerables hileras de ángeles rodean el trono de Dios. Tienen voces de oro, de plata y de agua clara. Y alaban al Señor, pero desde lejos. No se atreven a acercarse demasiado. Uno solo se acerca. ¿Quién? El ángel del silencio».

-¿Quién podrá acercarse al Trono del Todopoderoso?, se preguntaron los ángeles uno a otro.

-¿Tú, Ángel de poder?

-Pero mi poder es debilidad comparado con el suyo.

-¿Tú, Ángel de luz?

-Pero yo soy como oscuridad en su presencia.

-¿Tú, Ángel de sabiduría?

-Me siento como la misma ignorancia.

-¿Quién, entonces? ¿Ninguno se atreverá?

-Yo lo haré...

El susurro, apenas audible, vino de la parte de atrás del grupo. Maravillados y expectantes, el compacto coro celestial se dividió en dos, y a través de ellos, deslizándose suavemente, casi invisible, en total reverencia, avanzó el Ángel del Silencio... Mientras se acercaba al Trono, el mundo celeste cayó sobre sus rodillas en profunda adoración... Sin

sonido, la palabra fue oída; y sin voz, los ángeles cantaron su alabanza» (G. Tejón, *Life Today*, inspirado en una leyenda judía).

La adoración se mueve entre dos polos completamente distintos, pero siempre unidos entre sí. Dios es infinitamente amable e infinitamente adorable. Si sólo fuera adorable, le perderíamos en medio de un abismo; si sólo fuera amable correríamos el peligro de manipularlo. Si acentuamos su trascendencia, lo perdemos; si ponemos en primer lugar su cercanía lo convertimos en un objeto. Dios es así: amablemente adorable y adorablemente amable. «Estoy ante él, pero se me escapa por todas las partes y no lo puedo apresar. Y, sin embargo, yo sé que el Inaccesible es accesible, que el Trascendente es al mismo tiempo el condescendiente, que el Altísimo se ha rebajado, que el Dios lejano es el Dios amoroso. Esa es la situación ambivalente que experimento cuando me encuentro ante él.

Por una parte, me tumba, me anonada y me aniquila. Es una experiencia devastadora y destructora. Por otra parte, es una experiencia entusiasmante y fascinante. El Santo me abraza, el Dios a quien no veo es todo amor. (H. Urs von Baltasar, *La oración contemplativa*). «Considerando tanta alteza, decía Santo Tomás, uno se enco-

ge temblando en su propia pequeñez». En la adoración el hombre oculta su rostro ante esa Gloria deslumbrante, porque no puede sostener la mirada del rostro resplandeciente de Dios. Un día, un religioso decía a un compañero: «En la oración, a veces, me castañetean los dientes».



El rincón de vuestros Testimonios

CONTIGO, SEÑOR, ES MAS LLEVADERO

En mayo de 1987 comenzamos a tener una experiencia de Dios totalmente distinta a la que habíamos tenido hasta entonces; en esa fecha fue cuando conocimos la R.C.C., a través de nuestro hijo Carlos.

Nuestro hijo leía y creía en la Biblia y nos decía que, por qué en estos tiempos no vivía la Iglesia la misma experiencia que en los primeros tiempos del cristianismo. Nos chocó mucho, porque nunca se nos había ocurrido pensar así, estábamos bastante apartados de la Iglesia.

A raíz de esta inquietud de Carlos fue cuando el Señor puso en nuestro camino a un sacerdote de Cáceres que estaba dentro de la Renovación. A partir de entonces, de una manera muy especial, su vida fue una continua búsqueda de Dios.

Parece que el Señor nos estaba allanando el camino para lo que después iba a ocurrir.

Fue el 27 de mayo cuando nuestro hijo, de 24 años, tuvo un accidente de coche; (estuvo en coma 57 días) y el 19 de julio el Señor se lo llevó definitivamente con Él.

Al poco tiempo de conocer la Renovación le dije al Señor: *“Gracias Dios mío porque cuando me vengán los días de prueba sé que contigo va a ser todo más llevadero”*. Y efectivamente así ha sido. Dentro de la pena que tengo, sé que sin el Señor hubiera sido de desesperación total.

Nos está haciendo mucho bien la fe tan grande que Dios le había dado. Entre otras muchas cosas, un día que estábamos leyendo su padre y yo el libro sobre la Sábana Santa de Turín nos dijo: *¿Necesitáis leer ese libro para tener plena seguridad que Jesucristo resucitó? Gloria a Dios.*

Pury (Año 1989)

Este testimonio, como veis, lo escribí en 1989. Han pasado los años y la transformación que el Señor ha hecho en mi no ha terminado. Sigo



teniendo el mismo gusto por las cosas de Dios, aunque quizás de otra manera más tranquila.

Sé que mi vida en este caminar está íntimamente relacionada con Carlos, por lo mucho que aprendí de él.

Siempre pensé que los hijos eran los que tenían que aprender de los padres; pero hace ya tiempo que llegué a la conclusión de que los padres también aprendemos de los hijos.

La inquietud religiosa me ha preocupado muchas veces, hasta que un día el buen Dios hizo caer en mis manos, (como tantas veces), estos pensamientos:

“El creyente mediocre nunca puede ser tentado de desesperación tan profunda y dolorosamente como el hombre de fe viva”.

“Crear significa la capacidad de soportar dudas”.

“Avanzar en la fe es adentrarse, cada día mas, en la nube”

¡Gracias Dios mío, porque siempre consuelas!

Noticias...Noticias...Noticias...



Elecciones: Contaros también que como se había determinado en el encuentro anterior de servidores de la Zona Centro, en Pozuelo, se realizaron las elecciones de los hermanos que se añadirían a la regional. Se han agregado –como se dijo- tres nuevos miembros nuevos a la Coordinadora existente, debido a que dos miembros de ella han tenido que dejar el servicio por distintas razones, y un tercero no puede tener una dedicación plena por motivos de salud. Fueron elegidos: Clara Albert (del grupo Fray Escoba de Móstoles), Conchita Jiménez (del grupo Maranatha de Tomelloso) y

Begoña Flórez (del grupo Sta María de Caná de Pozuelo de Alarcón)

Manifiesto de Pozuelo: Seguimos recibiendo adhesiones personales de hermanos de toda España al Manifiesto de Pozuelo. También muchas peticiones, entre ellas de algunos hermanos sacerdotes, de información y envío de documentación relativos a todo el proceso de elaboración, aprobación y contenido de los estatutos al que la mayoría de grupos de oración han permanecido ajenos y excluidos, por lo cual no tienen datos para hacer su discernimiento.

Cantabria: Los grupos de Cantabria se han reunido con su obispo, D. José Vilaplana, le han entregado el Manifiesto de Pozuelo diciéndole que ellos deseaban continuar como siempre, sin tener estatutos. El día 4 de diciembre, D. José volvió a reunirse con ellos para impartirles un retiro, en el que predicó y presidió la Eucaristía.

Encuentro: Por último, para primeros del año próximo, tendremos un nuevo encuentro con los hermanos de toda España adheridos al Manifiesto de Pozuelo. Os comunicaremos oportunamente las propuestas que nazcan de él.

Próximos encuentros

22 de enero : Retiro con todos los grupos.

24-26 de marzo :Pascua paralela de jóvenes y mayores

15 de mayo: Pentecostés

¡No olvidéis apuntarlos en vuestras agendas!



Año de la Eucaristía

Estamos preparando un calendario de actividades que os comunicaremos oportunamente

A tu servicio



Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico GRATIS.

Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Recordaros también, que en las direcciones que ponemos a la derecha de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué te sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo

para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Teléfonos de contacto: 917735644

(Maria Jesús)

e-mail secretaria:

beacarrasco@telefonica.net

Correo ordinario: Maria Jesús Casares Guillén

c/ Camino de los Vinateros, 119

28030 Madrid

Tu equipo de servidores en la zona centro:

Begoña Flórez, Chalo González, Clara Albert, Conchita Jiménez, José Antonio Molina, Licerio Osuna, Mamen Sánchez, Maria Jesús Casares

¡Feliz Navidad!



¡Feliz Navidad!